

La.
piel
del
miedo

Javier
Vásconez

JAVIER VÁSCONEZ

Javier Vásconez nació en Quito y estudió en España y París. En 1982 inició su trayectoria narrativa con *Ciudad lejana*, y en 1983 ganó la primera mención en la revista *Plural* de México con «Angelote, amor mío». Su obra comprende los libros de relatos: *El hombre de la mirada oblicua* (1989) y *Café Concert* (1994), y la novela *El viajero de Praga* (Alfaguara, 1996), que tuvo gran reconocimiento del público y de la crítica tanto en Hispanoamérica como en Europa. Ese mismo año, publicó la novela *El secreto*. Su antología de cuentos, *Un extraño en el puerto* (Alfaguara, 1998), significó un momento de madurez en su narrativa. En 1999 publicó *La sombra del apostador* (Alfaguara), novela que quedó finalista en el Premio Rómulo Gallegos. En 2003 publicó el cuento «Thecla teresina», en 2004 la compilación *Invitados de honor*, en 2005 su novela de espionaje *El retorno de las moscas* (Alfaguara) y en 2007 *Jardín Capelo*. En 2009 apareció en España una selección de sus cuentos bajo el título de *Estación de lluvia*. En 2010 publicó *La piel del miedo*. El Fondo de Cultura Económica publicó *Novelas a la sombra* con prólogo de Christopher Domínguez. En 2017 Pre-Textos publicó la sexta edición de *El viajero de Praga* con prólogo de Juan Villoro. La Universidad San Francisco de Quito USFQ, en el año 2018 editó *Cuentos reunidos* con prólogo del escritor mexicano Pedro Ángel Palou. En 2019, el autor publicó *Roldán* con ilustraciones de Jorge Verlarde. En 2021 la editorial Pre-textos publicó su última novela *Coleccionista de sombras*.

La piel del miedo



Javier Vásquez

Dragon Books

Universidad San Francisco de Quito USFQ, Quito 170901, Ecuador.

<https://usfqpress.com>

La piel del miedo

Javier Vásconez

Producción editorial: Andrea Naranjo

Diseño de cubierta y diagramación: Yumiko Nagao

Diseño de colección: USFQ PRESS

Revisión de estilo: ediPUCE

© Universidad San Francisco de Quito USFQ, 2023

© Javier Vásconez, *La piel del miedo*, 2023

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN USFQ PRESS: 978-9978-68-277-7

Primera edición: noviembre, 2023

Tiraje: 300 ejemplares

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal, Quito – *Printed in Ecuador*

Catalogación en la fuente Biblioteca de la Universidad San Francisco de Quito USFQ.

Vásconez, Javier

La piel del miedo / Javier Vásconez. – Quito : USFQ Press, ©2023.

– p. : cm. ; (Dragon Books).

ISBN: 978-9978-68-277-7

1. Novela ecuatoriana. – 2. Literatura ecuatoriana. – I. Título. – II. Serie.

CLC: PQ8220.32 .A83 P54 2023

CDD: Ec863 V736

OBI-184

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*.

La piel del miedo



Javier Vásconez

 Dragon
Books

1

Desperté en medio de la noche con el ruido de los disparos en el corredor, fue como si rebotaran desde el rellano de la escalera hasta mi conciencia y, unos segundos después, el estruendo había prendido como un relámpago dentro de mí. No tengo una imagen coherente de cómo reaccioné ante esa cadena de disparos y los insistentes alaridos de mi madre, sólo a través de los gritos supe que estaba viva. La violencia había estallado, era un volcán derramando lava ardiente ante mis ojos. Tuve un presentimiento. Me escondí entre las sábanas y todo se tiñó de una blanca reverberación. Corrí descalzo hasta un rincón del cuarto, busqué refugio detrás de un sillón, pero el horror que experimentaba era tan frío como las tablas debajo de mis pies. Me preguntaba quién había disparado en medio de la noche y había hecho añicos el delicado cristal de mis sueños. Sentía un torbellino en la cabeza. Al abrir los ojos, perdí el equilibrio y me encontré apretando con las uñas el borde del sillón. Con sigilo de gato

cambié de lugar, respiré con ansiedad, sentí humedad en la nuca y en las palmas de las manos. El miedo se expandió por todo mi cuerpo, contagiando mis nervios hasta alimentarme con la sangre de la violencia. Alguien tendría que haberme advertido lo que debía hacer, no sabía cómo comportarme. ¿Era mi madre o mi hermana Adela quien gritaba al otro lado de la puerta? Me quedé inmóvil, incapaz de proferir una palabra, bajo la ventana cerrada. En el jardín, la escarcha formaba un manto de bruma y, por unos segundos, el cielo se cubrió de un azul armonioso, en contraste con el fuego violento y cruzado de los disparos. Tenía diez años, pero esa noche comprendí que el miedo nos multiplica. Me agarré con fuerza al sillón, temblaba. Miré hacia la ventana. «Quizá podría escaparme por ella», me decía. ¿Adónde? Me imaginé árboles, campos, senderos, perros hambrientos, murciélagos volando sobre una quebrada abierta como una herida de carbón en el vientre del volcán. ¿Acaso pensaba rendirme si alguien abría la puerta? Sin atreverme a escudriñar por la cerradura, más bien observaba las mantas con dibujos extrañamente grotescos extendidas sobre la cama. Así descubrí la distancia que existe entre el ojo y el entendimiento, en tanto volvía a escuchar en el corredor, sin captar su verdadero sentido, algunos gemidos. Reparé en que el miedo tenía el rostro de mi padre. No podía aceptar que fuera él, probablemente lívido, desencajado, quien corría con una pistola y disparaba. Mi terror no provenía sólo de lo que pasaba detrás de la puerta, sino de los objetos que parecían moverse, respirar, animarse por sí mismos en la habitación. «Si al menos me dijeran algo, si me hablaran», me decía. En un vaso con agua depositado sobre el escritorio reventaron algunas burbujas redondas, precisas como las lágrimas que imaginaba rodando por las mejillas de mi madre. Tal vez las cosas habrían sido diferentes si hubiera sabido que esos disparos iban a seguir retumbando durante años en mi cabeza. Algo vagamente destructivo, maligno

y demoleedor había alcanzado mi vida. No recuerdo cómo reaccioné mientras permanecía agazapado junto al sillón. Hablaba en voz baja, ensayaba movimientos rituales con las manos. Fue la primera vez que experimenté mi dolencia, quise abrir una ventana para volar como un pájaro en dirección opuesta a los disparos, pero, hasta esa noche de noviembre, yo no había sabido lo que era gritar con toda la fuerza de mis pulmones. Todavía hoy, al recordar ese lejano episodio, un escalofrío me recorre la nuca. Debía de tener los ojos abiertos, vaciados de expresión. Gritar tiene una función y es una forma de comunicarse, de entablar un diálogo con el horror al que los niños viven sometidos. ¿Fue el miedo lo que me indujo a entender el sentido de la vida?

Como si se tratara de una jauría ladrando ferozmente, había asociado a mi padre con aquellos animales. Lo imaginé violento, descomunal, borracho, hablando con irritación por teléfono.

En un arrebato de valor, me acerqué a la puerta. Mantenía la conciencia suspendida entre dos hemisferios. Por un lado, la visión de la ventana, y por otro, el ruido de los disparos penetrando sucesivamente en mi cabeza. «¿Qué?», me dije, «¿qué?». Súbitamente, como la brillante hoja de un puñal estalló un fogonazo tan cerca de mí que retrocedí unos pasos. Más allá del resplandor, apareció la boca de un túnel. Me apoyé contra la pared y fue cuando vi al canario en la jaula con los ojos inyectados en sangre. Algunos pensamientos se atropellaron en mi cabeza y los objetos se alejaron hacia el extremo de la habitación, y me deslicé a ciegas por el túnel hasta caer fulminado, mordiéndome la lengua con el sabor de la sangre. Quise correr y pedir clemencia, pero al instante el ruido de los disparos llegó hasta mis oídos, justo detrás de mi cabeza.

Tuve la incómoda sensación de que no podía quitarle la vista de encima al canario, luego recordaría sus ojos

maliciosos durante el vértigo de la crisis. Con las facciones crispadas, experimenté las primeras convulsiones. Sin darme tregua, reventaron algunos fogonazos y sentí fuertes palpitations en las sienas. Extendí el brazo. Creo que fue lo último que hice, escuchar la voz de mi padre en el teléfono: «Eres un cobarde, por eso no vienes. ¡Eres un cobarde!».

Podía oír los sollozos ahogados de mi hermana. Si bien tenía la expectativa de que alguien viniera a detener el horror de aquella escena, volví a escuchar disparos y la voz alarmada de mi madre.

¿Qué podía hacer con esa sensación de miedo y esa luz irradiando a mi alrededor? ¿Por qué las cosas habían perdido su nombre? Cuando desperté tuve un vago recuerdo de lo ocurrido, sin poder identificar el lugar donde me encontraba. Un estremecimiento se agitó en mi pecho. Divagué tratando de meterme en la cabeza de mi padre. Estuve a punto de llorar, me exasperaba. Sentía ansiedad, miedo, un endurecimiento en los brazos y un desgarrón en la corteza cerebral. Me pregunté qué me estaba pasando. Mis ojos no retenían lo que miraba ni las palabras expresaban lo que deseaba. Desde el momento en que se iniciaron las convulsiones, mi mente perdió contacto con la realidad. Me hallaba recluso en el fondo de mí mismo, aunque persistía una sensación de extrañamiento. Se había iniciado el proceso de dispersión de las palabras y tenía la mandíbula sellada como un candado. Lo mejor era concentrarme en los gritos de mi padre en el corredor. Esperaba que al fin concluyera la conversación telefónica, la humillación a la que seguramente lo habían sometido del otro lado de la línea. Pese a mi corta edad, deseaba encontrar una explicación a su violencia. Con la crisis perdí la orientación, incluso el sentido del tacto. Entonces se abrió un abanico de luz que me permitiría atisbar sin escrúpulos la mente de los otros.

Me volví un tanto receloso. Ni siquiera los cuidados de mi madre disiparon el miedo, porque el miedo nunca se disipa, cuando se instala en uno, es como el frío en los huesos de los viejos. Hubo días en que estuvo representado por el rostro de mi padre, otras veces por la lluvia, por la sombra del volcán o el lejano aullido de algún perro en la madrugada. El miedo es una enfermedad, quien ha entrado en sus mazmorras percibe una suerte de parálisis.

De pronto caí en un sueño profundo, como si dormir fuera una forma de alejarme de la soledad de la epilepsia. Ahora volvía a escuchar pasos apresurados, acaso algunos gemidos de mi madre, consciente del peligro que corría si no se alejaba de mi padre, quien probablemente seguía agitando la pistola. También escuché el estruendo de algún vaso al caer al suelo, pero no pude discernir el teléfono ni su mano al marcar un número, a la vez que gritaba: «Eres un cobarde... ¡Un cobarde incapaz de enfrentar las cosas!». Me acerqué a la puerta para escudriñar por el ojo de la cerradura. Alguien me había dicho que los borrachos eran como los volcanes, explotan con una vehemencia brotada del fondo de sus entrañas, emitiendo una serie de gruñidos y ruidos estruendosos. Tanto mi padre como mi madre se enfrascaron en una violenta discusión: él mantenía las piernas separadas, el chaleco de lana sin abotonar, el cañón de la pistola dirigido hacia una lámpara encendida en el rellano de la escalera. Había comenzado mi agonía, cuando advertí la mirada imperturbable de mi padre concentrada en la mirilla, me observaba con una severidad no exenta de violencia. Aguardé un momento, conteniendo la respiración, estaba tan cerca de la puerta que habría podido tocarlo con la mano. Soltó un bufido al distinguir mi ojo atisbando por el agujero de la cerradura. Con aire interrogante miró a mi madre, observó con desdén a mi hermana y se

inclinó para espiar por la cerradura. Bastó un movimiento de su mano, una sola mirada para darme cuenta de que me estaba juzgando.

—¿Qué haces ahí escondido? —me increpó, acercándose de nuevo al teléfono—. Puedo verte perfectamente —gritó, manteniendo la pistola a la altura del bolsillo del chaleco.

Puede que entonces adquiriera conciencia de su propia miseria, de su rabiosa impotencia o de la necesidad de alimentar su venganza. Tal vez debía quitar los ojos de la cerradura para no convertirme en cómplice de su humillación. La tensión llegó al paroxismo cuando llamó al mismo número, y supongo que le contestaron, porque repitió las afrentas de siempre.

Después de tanto tiempo, puedo imaginarlo repitiendo aquellas ceremonias de odio y venganza. Sus palabras eran ofensivas, hirientes, como si eso le diera una sensación de permanencia, de seguridad.

Muchas cosas se han dicho sobre mi padre. La verdad es que una mañana, al salir del periódico, un grupo de hombres armados con manoplas lo acorralaron en un callejón. Para restar importancia a ese episodio, intentó convencerse de que había sido víctima del asalto de unos malhechores, pese a que estuvo postrado por varios días. Una vecina le dijo a mi madre que aquellos hombres trabajaban para el gobierno. Fue cuando él empezó a sospechar que el mensaje procedía de un esbirro de la presidencia. A partir de esa sospecha, el odio fue creciendo hasta volverse el soporte esencial de su existencia.

MI padre tenía la cara destrozada, en tanto, mi madre se inclinó cubriéndose con una mano la boca, pero él no abrió los ojos. Colocó un cigarrillo entre sus labios amoratados, de los que salieron burbujas de saliva. Entonces quise perdonarlo, gritar a pleno pulmón, pero el terror helado, casi paralizante, al que su conducta me había inducido, me alcanzó de lleno. Su violencia se volvió tan frecuente como el ruido de su máquina de escribir al fondo del corredor. Mi actitud vigilante detrás de la puerta debió de resultarle fastidiosa, o quizá yo era tan irrelevante como una mosca en movimiento.

—¡Jorge, sé que estás escuchando! —dijo enderezándose con un gruñido detrás de la puerta.

De pronto le dio la espalda a mi madre, ignorándola por completo. Se dirigió al teléfono, parecía embriagado con la más codiciada de sus bebidas: el rencor. Fue la maniobra lenta y torpe de un borracho. A cada momento se le caía la

bocina, pero, después de intentarlo varias veces, al fin logró hablar con lo que suponía era la presidencia.

Mi padre había decidido llevarme en su camioneta a la escuela. Desde mi habitación podía ver el sol estallando contra los cristales de la ventana. Después de encerrarse un buen rato en el baño, Adela salió con aire de reina, sin haberse bañado, me di cuenta porque tenía el pelo seco. Sabía que odiaba el agua, el jabón en los ojos, sólo fingía que se bañaba humedeciéndose apenas el flequillo para complacer a mi madre. Adela siempre se situaba a prudente distancia, pues vivía atormentada por mi enfermedad. Cada mañana, al despertarse, corría donde mi madre porque temía que la sirvienta me despertara, desatando de ese modo una crisis epiléptica. Algunas mañanas tenía los ojos cavernosos por el miedo y se mordía los labios hasta hacerse daño, mientras repetía en voz baja algunas jaculatorias incomprensibles. Tras los disparos de la noche anterior, todos sabían en esa casa que no debían despertarme con brusquedad, porque entonces empezaba el infierno.

Aún escuchaba al canario en el balcón cuando cogí el maletín del escritorio, guardé algunos cuadernos y bajé a saltos por la escalera hasta llegar al patio donde mi padre aguardaba con una de las puertas de la camioneta abierta. En una fracción de segundo, tuve la certidumbre de que la figura, más bien delgada y silenciosa de mi padre, se encontraba al margen de aquel patio lleno de geranios y del árbol de flores amarillas que se alzaba alegremente hasta el balcón en el segundo piso. Al subir a la camioneta Ford, detenida junto al poyo que rodeaba el cholán, reparé en su rostro pálido y vi que le temblaban las manos.

Mientras conducía lentamente por la calle Mercadillo, no quise mirarle las manos manchadas de lunares, agarradas con determinación al volante. Si me detenía a mirarlas, descubriría algo malo en ellas. Había aprendido que mirar

obstinadamente era igual que crear una fuerte apariencia de destrucción sobre el objeto observado. Procuraba no mirar las manos con las que agarraba la pistola para disparar cada vez que se emborrachaba, con las que supongo que a veces acariciaba, en un arrebato de ternura, el rostro de mi madre.

Ahora iba conduciendo la camioneta hasta el colegio ese hombre angustiado y culpable que decía ser mi padre, pero que las más de las veces era un desconocido. El viento soplabla sin encontrar obstáculos, haciendo que algunas hojas de papel se desplazaran en círculo por delante de la camioneta. Mi padre conducía mirando con aire distraído a las personas que andaban por la calle. De vez en cuando observaba por el espejo retrovisor, en tanto cambiaba inesperadamente la marcha con el fin de aumentar la velocidad. Yo experimentaba una profunda aprensión al mirar de cerca aquellas manos porque, al ver las uñas dobladas por detrás del volante y examinar los bordes manchados de tinta, las asociaba con las garras de un animal. Quizás había tratado de comunicarse conmigo, sin lograrlo del todo. Tampoco podía olvidar lo que vi unos días atrás, cuando una noche me alejé de mi habitación y oí unas voces amortiguadas al otro extremo del corredor.

Ahora, mientras redacto estos apuntes, todo me parece parte de una visión del pasado, con el propósito de redimir las palabras del olvido. Soy un hombre despojado de atributos que escarba sin cesar su conciencia, esa zona de oscuridad donde se ventila la escritura, un hombre dispuesto a contar con exaltación una historia.

Como la puerta del dormitorio de mis padres se hallaba entornada, dirigí desde el corredor una mirada a la espalda desnuda de mi madre, mientras mi padre hablaba con ella apoyando la cabeza en un cojín pegado a la pared. Fue la primera vez que percibí su tristeza obstinada. Esa noche aprendí a reconocer su apego natural por la desdicha, al

tiempo que mi madre lo escuchaba fumando y aplastando, de tanto en tanto, un cigarrillo en un platillo rebosante de puchos colocado encima de la mesa.

Puedo imaginarlo agitándose dentro del traje para recobrar su compostura en la camioneta, conduciendo muy temprano por la ciudad casi vacía hasta detenerse frente a un semáforo y contemplar durante unos segundos a los desconocidos que lo observaban desde la calle. Pero no me llamaba la atención el modo como conducía, más bien, experimentaba vergüenza por no poder mirarlo a la cara. La luz hiriente del sol golpeaba contra la ventanilla. De repente, sentí que me examinaba con disimulo, cuando llegamos a la puerta del colegio. La tienda de abarrotes más cercana se hallaba al otro lado de la calle. Apenas se detuvo, le pedí que me comprara unas galletas de coco.

Aparcó la camioneta justo enfrente de la tienda, abrió la portezuela, pero no se bajó. Después de oír mis palabras, limpió la parte superior izquierda del parabrisas con el puño de la camisa. Por el rabillo del ojo lo noté molesto, aturdido, con la cabeza baja, sin saber qué hacer. Inútilmente cerré los ojos, me pellizqué la mano y esperé su rechazo. Más hondo que el miedo fue la indignación de ver a mi padre convertido en un reflejo a punto de disolverse bajo el resplandor dorado de la mañana, con el bigote delgadísimo, el reflejo ondulado por encima de sus labios como una oruga que avanzaba hasta comerle las palabras. «Bueno, pues nada, anda por tus galletas, y de paso me compras unos cigarrillos». Al principio no entendí muy bien, pero no tuve tiempo de decir nada, yo sabía entonces lo que debía hacer. Sentí un ligero estremecimiento al rozar su mano para coger el dinero, bajé de la camioneta y crucé la calle con los ojos bajos, mientras un remolino interior amenazaba con impedirme caminar hasta la tienda. Al entrar, oí el chasquido de las gastadas tablas de madera. Detrás

de una cortina de flores salió una especie de enana con el pelo rojizo envuelto en una red. Era la señora Dolly, que atendía desde muy temprano, poniendo con cuidado higos y turrónes en las bandejas del mostrador. Le pedí lo que necesitaba. Me fijé en que había espantado al gato para abrir afanosamente una de las alacenas, con un llavero rematado por una pata de conejo. Volvió ligeramente la cabeza mientras contemplaba al gato arquear el lomo para desperezarse, me dijo: «Pobrecito Lucifer...»). Por detrás del mostrador, la señora Dolly me entregó lo que le había pedido. La luna de un espejo me devolvió la imagen de mi mano al coger las galletas y el paquete de cigarrillos con el dibujo del camello y una pirámide en el desierto. Por un instante dudé al salir a la calle, me sobresaltaba aquel sol brillando ante mis ojos. Hacía calor y lo primero que vi fue la figura difusa de mi padre, de pie junto a la entrada del colegio.

La arquitectura del colegio Borja no guardaba ningún vínculo con las casas vecinas de aquel barrio. El padre Rimer, director del colegio, había hecho cubrir con una pasta de cal amarilla las paredes del edificio de estilo nazi, expropiado a los alemanes durante la guerra. Aquel hombre de aspecto desaseado y con los hombros de la sotana cubiertos de caspa me esperaba con hostilidad hablando con mi padre junto a la puerta. A pesar de que el rostro de mi padre parecía haber desaparecido bajo el resplandor de la mañana, su figura se destacaba con el sombrero que llevaba puesto. Muchos años después, cuando volvía aquel episodio a mi memoria, surgía un hombre de apariencia cansada, carente de rostro, que alargaba una mano para coger con ansiedad la cajetilla de Camel.

Así recordaba con los años aquel episodio, la silueta de mi padre desvaneciéndose en mi cabeza junto con la imagen del camello y la vistosa estampa del desierto, en el instante en que se guardaba el paquete en el bolsillo de

la chaqueta. A mi lado, semejando un tumulto de moscas, había un grupo de chicos que entraba al colegio: unos iban muy limpios y peinados con brillantina, otros tenían caspa y llevaban sueltos los cordones de los zapatos. Al fondo, como si fuera el cuerpo vencido de un cuervo, apareció el padre Rimer, tomando de algunos chicos el sobre con la pensión. Mis ojos siguieron el humo del cigarrillo enroscado en su boca. Luego, recibí un empujón. Me quedé solo, resistiendo el tumulto hasta que a lo lejos distinguí la figura desvaída de mi padre. Reconocí su manera de agitar las manos mientras cruzaba la calle. No sé por qué quise detenerme para regresar donde él. Fue imposible, porque los chicos me obligaron a entrar al patio. De pronto, mi padre desapareció tras el arco de luz que flotaba sobre el corredor. No se movía nada, no escuchaba nada. Permanecía inmóvil en medio de la quietud del patio, con los chicos mirándome como si pasara algo raro.

Fue en esa larga pausa que habría de durar tantos años donde se quedó fijado el recuerdo inestable de mi padre. Aquel episodio aparecería enmarcado en los distintos momentos de mi vida, como si la perfidia del tiempo se hubiera ensañado más de la cuenta en mi memoria. Luego lo imaginé dirigiéndose a la camioneta. Por el trayecto debió de encender un cigarrillo antes de abandonar aquella zona de la ciudad para no volver más a ella. Durante mucho tiempo lo imaginé en los lugares más inverosímiles, lo vi imponiendo su criterio sobre mí y lo sentía llegar sin anunciarse hasta los dominios de mi soledad cuando menos lo esperaba.

Cada vez que Adela lo mencionaba a la hora del almuerzo, mi madre hacía sonar el cuchillo contra el borde de su plato. Su ausencia era recordada como una corriente de aire gélido que parecía haber atravesado nuestras vidas.

Aún puedo recordar la trifulca que hubo en casa cuando a mi padre, después de la golpiza, lo trajeron en una camioneta que se detuvo con estrépito frente a la amplia verja de hierro en la casa de la calle Carvajal. Durante muchos años me persiguió este recuerdo con la insistencia de una pesadilla. De algún lado, en medio de la noche, no sé quién me hablaba ni tampoco si me hallaba hipnotizado por la voz de mi madre o si con los años he debido dedicarme a descifrar los apuntes de mi padre. Tal vez era decisivo leer esos cuadernos para poder percibir el sabor acre que debió de sentir por la traición de su amigo.

Me ha quedado la historia contada por algunos parientes, amigos y compañeros de trabajo. La epilepsia es el caudal más recóndito y complejo para contar esa historia, esta traición de la que no estoy plenamente seguro. Esa mañana de marzo, mientras yo intercambiaba algunos cromos de artistas o emperadores romanos con un compañero del colegio, la

camioneta se detuvo frente a la casa de mis padres. Puedo imaginar el escándalo. Mi madre debió sentirse avergonzada al ver desde la ventana del segundo piso cómo un hombre gordo, sudoroso, arrojaba el cuerpo inerte de Rogelio Villamar sobre el empedrado de la calle. Al verlo con la camisa desgarrada, supuse que tendría los huesos entumecidos por la brutalidad de los golpes.

Durante los últimos dos días, aquel hombre gordo, con el chaleco abierto sobre la camisa empapada de sudor, había trabajado sin descanso, la víspera incluso durmió poco, pues pasó toda la noche ocupado con mi padre. Volvía a oír los gritos de mi madre, bajando a la carrera y sin disimular su horror al asomarse detrás de la verja. El hombre, con el rostro cubierto por una capa brillante de grasa, ni siquiera advirtió su presencia. Tras haber tirado el cuerpo indefenso de mi padre sobre el empedrado, retrocedió hasta situarse junto a la camioneta, se abrió la bragueta y empezó a orinar sobre la rueda delantera, ignorando los sollozos de mi madre.

En aquel tiempo, mi padre trabajaba en un periódico. Después de escribir unos cuantos artículos en contra de su ex amigo el presidente Enríquez, el director lo llamó a su despacho y le pidió que revisara su posición, pues la consideraba excesivamente radical. Poco a poco, llegó a la conclusión de que lo querían despedir del periódico, pero como no tenían un motivo para hacerlo ni tampoco había incurrido en una falta grave, le quitaron su columna semanal y lo bajaron de rango.

Por las noches, escuchaba el ruido de la máquina de escribir, un tecleo rápido, impetuoso, resonaba en mis oídos hasta que me dormía. A veces, cuando me levantaba, podía verlo inclinado, fumando, con los dedos crispados sobre el teclado. No podía ver sus ojos, sino el indicio de lo que

En memoria del Gran Dragón

Dragon Books es un sello editorial de USFQ PRESS. Esta línea pretende hacer de lo bello una herramienta de reflexión y crítica. Las obras que articulan el catálogo, ya sean infantiles, juveniles, de ficción o no ficción buscan, desde la singularidad, complacer el deseo del lector de encontrar significados propios; es decir, una literatura viva que plantee preguntas y despierte la curiosidad en todos sus lectores. Creemos que los libros, las historias que cuentan y las ideas que transmiten, tienen el poder de generar cambios en la sociedad.



¡Eé un nuevo libro!

ESTE
LIBRO INGRESÓ
A IMPRENTA A INICIOS
DE NOVIEMBRE DE 2023.
ESTA ES LA SÉPTIMA EDICIÓN
DE LA NOVELA *LA PIEL DEL*
MIEDO DE JAVIER VÁSCONEZ,
RECONOCIDO ESCRITOR
ECUATORIANO. ESTA OBRA
ES NUESTRO PRIMER
DRAGON BOOK.

S.G.

«Desperté en medio de la noche con el ruido de los disparos en el corredor, fue como si rebotaran desde el rellano de la escalera hasta mi conciencia y, unos segundos después, el estruendo había prendido como un relámpago dentro de mí. No tengo una imagen coherente de cómo reaccioné ante esa cadena de disparos y los insistentes alaridos de mi madre, sólo a través de los gritos supe que estaba viva».

ISBN: 978-9978-68-277-7

